recurrir a la violencia y a las amenazas: es un terrorista de Dios. "Gobernaba además", afirmará más tarde el gran historiador Federico González Suárez, Arzobispo de Quito. Y alguién ha dicho que don Gabriel se creía el capellán de una gran casa de ejercicio, lo que le autorizaba a introducirse en lo íntimo de la vida familiar. "Libertad para todos y para todo—suele él repetir—menos para el mal y los malhechores". Quiere destruir el pecado. El amor ilegal se convierte en delito y cada uno teme que se le vea conversar con personas del otro sexo. Todo esto infunde inquietud y miedo a mucha gente. Y florecen la delación y el espionaje.

¿Puede calificarse de "teocrático" a su gobierno o al Estado que acaba de organizar? Ciertamente, en el sentido de que ha dedicado el país al Corazón de Jesús y en que todo se hace para la mayor gloria de Dios. En los actos del Presidente, y aun del Gobierno, está la "presencia de Dios". "Nada habría hecho García Moreno por el Ecuador sin su adhesión intrépida, completa, a la Iglesia Romana", dice el eminente colombiano Miguel Antonio Caro, que añade: "La República del Ecuador es hoy el único Estado social y políticamente católico". Pero no son teocráticos el Estado y el Gobierno ecuatorianos en el sentido corriente de que el Clero mande allí. Aunque García Moreno pida por escrito a algunos prelados que le señalen sus hechos reprensibles para corregirlos y los medios para utilizar su poder con mayor ventaja para la causa de Dios y de la Iglesia, quien manda es él y sólo él. Ya hemos visto como se ha impuesto al Nuncio, al Arzobispo y a otros prelados. No hay, pues, tal Estado o gobierno teocrático en el Ecuador. Hay sencillamente, un Estado cristiano, un orden cristiano. García Moreno es el precursor de Dollfuss y de Oliveira Salazar.

Tomado de "Vida de Don Gabriel García Moreno", por Manuel Gálvez. Pgs. 340|352

En la tierra del divino Rubén

Por Enrique D. Tovar y R.

(Para Revista de los Archivos Nacionales de Costa Rica)

Después del formidable salto de la víspera—Limatambo-Panamá—, salto de doce horas, otro avión, ya de la Pan-American, nos recibe en el Aeropuerto de Albrook muy tarde—a las 2 p. m.—, y anuncia que iremos sólo hasta San José de Costa Rica. La conformidad abrióse presto paso en nosotros pues muy halagüeño era aquéllo de permanecer siquiera unas pocas horas en la amable Ticolandia, nido y morada de amigos caros, a quienes estrecharíamos sobre el corazón.

El aeropuerto de La Sabana es acogedor, por alegre. No bien estamos en tierra, una beldad josefina se nos acerca y ofrece café, el famoso café de

Costa Rica. Si lo deseamos, refrescos y emparedados también hay, y todo gratuito. Teléfonos para comunicarse con San José, invitan al viajero a llamar a los amigos. César Elejalde, nuestro Ministro en Ticolandia, recibe sorpresa infinita, y cuando le anunciamos que permaneceremos todo el resto del día en la capital de los "ticos", abandona a los invitados que le rodean y pone su carro en marcha para saludarnos y sernos útil. Es otro el amigo que está al extremo del hilo telefónico: Monseñor Víctor Sanabria, el eminente Jefe de la Iglesia costarricense, que por tantos años y por razón de aficiones comunes—es historiador insigne—, se halla vinculado con nosotros. Y mientras hablamos con el docto "colega", estamos pensando en los demás amigos a quienes vamos a estrechar las manos, y a escuchar. A algunos vamos a conocer físicamente, y a darles las gracias por amabilidades que nos tienen dispensadas.

De pronto, una poderosa bocina nos deja escuchar nítidamente nuestro nombre. Somos los únicos pasajeros que quedan en tierra. A última hora, la atmósfera—según el piloto—ha cambiado favorablemente, y se decide la prosecución del viaje hasta Managua.

Maquinalmente nos ajustamos el cinturón en el asiento, y pensamos, no sin contrariedad profunda, en el recorrido inútil del Ministro Elejalde hasta el aeropuerto. Pero la visión del panorama nos absorbe. Allá divisamos aquellos calibanes que vomitan agua, fuego o lava, y que coronan comarcas fertilísimas. Recordamos al padre Hugo, que nos habló del Momotombo... Después, se inician los hermosos y tersísimos lagos—mares de agua dulce, como llamólos Gil González Dávila—, y la conciencia nos dice que estamos sobre Nicaragua, la tierra de Rubén, la hermana centroamericana más extensa por su superficie, "el eslabón marítimo del mañana", con que se sueña más al Norte del Río Bravo.

Llegamos a Managua. Movimiento extraordinario percíbese en el aeropuerto. Breves momentos más, y volverá de Las Segovias el General Somoza, Presidente de la República. Interrogamos al Capitán de la nave aérea si continuaremos más al Norte aún, y sonriendo nos contesta en forma negativa. Somos varios los viajeros, y llegamos sin visación y sin previo anuncio. ¡Todo un problema para la Pan-American el de hospedarnos! Diez, quince veces se llamó por teléfono a distintos hoteles y "pensiones", y... no era posible recibirnos. Con buen humor y gran dosis de ingenio nos dirigimos a Managua, y en un santiamén conseguimos hospedaje. ¡Oh, gentes llenas de bondad!

Ya era tarde. Pronto ocultaríase el sol, y nos echamos a recorrer las calles de la ciudad, en el corazón de la misma,

No presumen los nicaragüenses de contar con una gran capital. Managua es ciudad tranquila, amable, y casi nueva, pues—otro Fénix—resurgió de los escombros en que la dejara el terremoto, y consiguiente incendio, de 1931. Los pobladores nos miran amistosamente, y niéganse a recibir las propinas que les ofrecemos por pequeños servicios. Pronto nos interrogan, y cuando saben que procedemos del Perú, trasuntan felicidad. El Perú es para ellos tierra querida. Alguien—persona culta—recuerda la ayuda peruana al Presidente Mora, de Costa Rica, para expulsar al filibustero Walker. Otros nos hablan de negocios, de los vacunos que en pie vienen al Callao, y de las maderas que compran Ustoiaza, Batcheior, Sanguinetti y Basso...

Estamos en plena plaza principal. La temperatura y la vegetación típica nos hacen recordar que nos hallamos en pleno trópico. Ingresamos en la Catedral, para conocer a nuestro ilustre y bondadoso amigo Monseñor Lezcano, y divisamos a éste en su trono, cabe el altar mayor. La iglesia metropolitana es amplia y suntuosísima. Su aspecto exterior es imponente y sugestivo, como sugestivos son los palacios del Gobierno, del Congreso y Municipal. Algo extraño advertiría el egregio eclesiástico en el osado visitante de su querida Catedral—templo construído desde los cimientos, casi con sus propias manos, pues treinta años hace que gobierna Monseñor la arquidiócesis—, y sonriente e irguiéndose cuan alto es él, se inclina hacia nosotros para saber con quién tenía el agrado de hablar. Y al darle nuestro nombre, sus ojos brillan de alegría, y el noble anciano, de talla procera y rostro de varón antiguo, desciende las gradas con paso inseguro, a fin de abrazarnos cariñosamente y departir en un rincón no pocos minutos, minutos que no sentimos, ya que el gran prelado es amenísimo, cultísimo y dechado de bondad. ¡Providencial encuentro!, nos dice Monseñor en líneas recientes. Providencial, sí, pues consolidó nuestra epistolar amistad de buenos corresponsales, y nos permitió apreciar la fortuna que tienen los tan gentiles "nicas" por contar con semejante conciudadano y pastor espiritual.

Las "hijas de María", que llenaban, con algunos varones, las naves espaciosas del suntuoso templo, nos miraron con respeto cuando nos alejamos del ilustre Arzobispo. Como que observaron todas las manifestaciones que recibiéramos de su prelado amadísimo.

Y nuevamente en las calles, emprendimos rumbo hacia las casas de otros amigos. En una, encontramos, entre otras personas, a una dama distinguida, de apellido Velarde, que hablónos de nuestro caro don Carlos Aureo y de don Claudio y otros miembros de "los Velarde de Lima". Asevera la dama nicaragüense que la "nica" y la peruana son ramas del mismo tronco, y nos dice que en el Perú y en Nicaragua se repiten, en hombres y mujeres, los mismos nombres.

Acudimos al Lido Hotel, inmediato al Parque, para cenar con nuestro compatriota Carlos Mackehenie, hoy cónsul general en San Francisco y en diciembre encargado interino de nuestra legación en Managua. Departimos también con el señor Sasso, caballero tico, a quien conociéramos en Lima hacia el 1927, e hicimos recuerdos de cien episodios que yacían entre el polvo del olvido.

Pasadas las once de la noche volvimos a nuestro alojamiento, y encontramos allí tarjetas de amigos que acudieran a saludarnos. A nuestra vez, escribimos otras tarjetas para agradecer el saludo, y pasamos al lecho, que apenas sí nos permitió utilizar una sola sábana. A tales horas, las calles se veían solitarias. Cuando pasamos por el parque inmediato al Palacio de Gobierno, buen número de parejas contemplaban la luna y aspiraban una leve brisa. Uno que otro carruaje, halado por caballos, rompía de tarde en tarde el silencio y hacía vibrar el timbre, aquel mismo timbre que antaño, en Antofagasta, no nos permitiera dormir la primera noche...

A las tres y quince minutos de la madrugada nos desayunábamos "a la norteamericana", en el Lido, en donde encontramos más tarjetas de nobles y simpáticos amigos. Allí se nos reunieron nuestros compañeros de viaje, Monseñor Hermoza y el Padre Vargas, el último de los cuales fué objeto, por parte de un comensal que estuviera en Roma, de intensas miradas. "¡Es igualito a Monseñor Pacelli, el actual Papa!", nos dijo de improviso aquel caballero de gafas azules.

Llegamos al aeropuerto, listo ya el avión. Pero nos dominaba un sentimiento de pena. Cuán corta nuestra visita a Nicaragua, la feliz patria de Darío. De Darío, "el grande de la patria chica por él enaltecida", como lo dijo en su oración fénebre de 6 de febrero de 1941, el insigne Monseñor Lezcano y Ortega.

Miraflores (Lima), 1944.

Estudio crítico sobre la partida de defunción de Juan Santamaría

Por el Prof. Don Rafael Obregón Loría

Redactó Calvo el Libro de Defunciones de la Campaña Nacional que se conserva en el Archivo Eclesiástico, y que es un documento de importancia que ha prestado útiles servicios a los historiadores. Tiene dos partes: en la primera están consignadas las defunciones de la Campaña de 1856, y en la segunda las de 1857.

Este famoso Libro, acerca del cual han publicado sendos estudios Mons. Sanabria y don Eladio Prado, dió origen hace algunos años a una, hasta cierto punto polémica, acerca de la gloriosa acción que se atribuye al soldado alajuelense Juan Santamaría, por cuanto en su folio 34 y bajo la partida Nº 334, dice el Libro redactado por el P. Calvo: "En la Campaña y de camino de Nicaragua a Costa Rica, de la epidemia del cólera, murió el soldado Juan Santa María, soltero, de Alajuela; se le dió sepultura y para que conste lo firmo.—(f.) Francisco Calvo. Hay una rúbrica. Al margen Juan Santa Mª, soltero, Alajuela."

Para el que estudie ese importante Libro de Defunciones, cuya copia fiel dió a conocer Mons. Sanabria en 1932, en folleto que corre adjunto a su estudio, no le será extraño notar hasta una diferencia en la forma de redacción de esta partida, como queriendo hacer resaltar que éste era el famoso Juan Santamaría, mencionado como muerto en el incendio del Mesón; y para que quede bien claro que no murió en Rivas, el P. Calvo agrega que se le dió sepultura y que para que conste lo firma.